

204
8000/1001/81

EL SALVADOR DEL PUERTO

José Luis Ramos Escobar

1181623

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

**"Solange, entre las dos seremos
esa eterna pareja del criminal y
de la santa. Nos salvaremos,
Solange, te lo juro"**

Las criadas, Jean Genet

Personajes:

- Michael Texidor jefe de la padilla DOA. Tiene 38 años, negro y de ascendencia puertorriqueña
- Reverendo Luis Pagán religioso que vive su fe. Tiene 40 años y es de ascendencia puertorriqueña
- Tom Forticello abogado que fungió de fiscal de distrito en el Bronx. Es italoamericano. Domina el español pues tuvo que aprenderlo para su trabajo de fiscal.
- Providencia Rivera madre de Michael Texidor. Tiene 60 años y un recio carácter formado a fuerza de golpes.
- Frankie González hermano de madre de Michael Texidor. Tiene 30 años.
- Virgen Torres trabajadora social. Tiene 28 años.
- Lillian Morales esposa de Michael Texidor. Tiene 30 años.
- Mercedes Cintrón amante de Michael Texidor. Tiene 24 años.
- Rosa Gómez mujer puertorriqueña de 40 años, madre de Danny Aponte
- Ramón Pérez conserje y celador de la iglesia de Santa Ana. Tiene 55 años
- Un mendigo, traficantes, consumidores de estupefacientes, niños...

Decorados:

En el fondo del escenario los edificios ennegrecidos, las chimeneas semiderrumbadas y los apartamentos abandonados se funden con el color plumizo desteñado que adquiere el cielo en el sur del condado niuyorkino del Bronx. A medida que desciende, la vista se puebla de colores con los tendederos de ropa en los balcones, los gritos anaranjados de las vociferantes vecinas y las vibraciones violetas, rojas y amarillas de los chirriantes equipos de sonido. Más abajo, la gente del barrio de Mott Haven, ladeados, desmembrados, escindidos, con el resplandor de Manhattan en los sueños y la pesadilla del tercer mundo en los ojos. La acción ocurre en los primeros años de la década final del milenio, años que presagian catástrofes, cataclismos y lanzan a muchos a la búsqueda de las fantasías más ilusorias.

Acto primero

Memento mori

Escena primera

Los nombres

Mientras sube el telón, se escucha la canción de Billy Joel **New York State of Mind**. Con los acordes de la canción se va iluminando el decorado, creando una dicotomía entre el oído y la vista que nos deja casi al borde de la esquizofrenia. La canción se pierde entre el sonido ascendente de un tren elevado que cruza de izquierda a derecha. Sobre el áspero crujir del acero, un eco lejano cobra forma hasta apoderarse de todo el escenario. *Tato*, pregonan las paredes, *Tato*, responde el asfalto, *Tatooo*, repite el aire enrarecido. Alentados por la clave que les asegura que todo está bien (*Tato bien.*), varios personajes se desprenden del decorado del fondo como exhalaciones y comienzan una danza grupal en la que se inscriben de manera fragmentada transacciones de drogas y consumo de las mismas a un ritmo tambaleante. Preside nuevamente la canción de Billy Joel. De pronto, el silencio. Un ahullido se escapa de los ladrillos, *María, María, María, ía, íííaa.*, clave que pregona la llegada de la policía. Como zumbidos, con temblor frebicitante, en el relámpago de un parpadeo, los personajes perforan el espacio escénico con su prisa y sus movimientos de evasión, mientras el biombo azul y la sirena roja de un vehículo

policial se cuelan amenazantes por los entresijos del miedo. Crece el silencio. Carraspea el suelo con el paso de un tren subterráneo de derecha a izquierda, mientras concluye la canción de Billy Joel.

Escena segunda

La petición

La música de una misa criolla con cuatro, guitarra y güiro acompaña la entrada de un resplandor piadoso que ilumina la escena: estamos en la iglesia, una de esas iglesias del Sur de Bronx en las que sólo la terquedad caritativa del cura o el reverendo junto con algunos de sus feligreses, permite que sobrevivan en medio de las balas perdidas, de las jeringuillas infectadas, del desempleo más feroz y la pobreza más realenga de toda la ciudad. El conserje de la iglesia, escoba en mano, demuestra su esmero en preparar la iglesia para la misa vespertina. Michael Texidor hace su entrada, silencioso, con pisadas de plumas, casi ausente y observa con ojos oscilantes entre la admiración y el paternalismo al dedicado conserje, perdido en la exactitud de su tarea. De pronto éste se detiene como si olfateara una presencia extraña a su alrededor. Al girar recriminatorio por la invasión a su espacio de trabajo, tropieza su vista con el grueso abrigo talar negro que envuelve la figura compacta y musculosa de Texidor y todo su cuerpo se

comprime humilde, sometido, con el miedo bordeándole el saludo obsequioso.

Conserje: ¡Don Miguel!

Texidor: Michael, no te olvides, Ramón, Michael Texidor.

Ramón: Son los años y los recuerdos...

Texidor: Hasta los recuerdos hay que cambiarlos; ya no estamos allá, ya somos otra cosa.

Ramón: Si usted lo dice.

Texidor: Lo digo. Búscame a tu jefe.

Ramón: ¿Al Reverendo Pagán?

Texidor: A menos que quieras traerme a Dios en persona.

Ramón: No blasfeme, don Mi.. don Michael...

Texidor: No blasfemo, Ramón, y avanza que tengo poco tiempo.

Ramón: ¿Tiene prisa?

Texidor: No te imaginas cuanta.

Ramón: Se ve usted extraño, ¿le pasa algo?

Texidor: Nada que tú puedas remediar.(Silencio)

Ramón: Voy a buscar al reverendo. Con su permiso.(Un temeroso respeto le arquea la espalda mientras sale. Texidor recorre con mirada nostálgica la poco ostentosa pero cálida nave de la iglesia. Los pasos del Reverendo Pagán lo sacan de su ensimismamiento.)

Reverendo: ¿Qué nuevo pecado vienes a confesar? Hoy no es tu día de contricción.

Texidor: ¿Alguna vez te dije lo bien que me siento aquí dentro?

Reverendo: No, jamás.

Texidor: Es el lugar apropiado.

Reverendo: Para los que tienen fe, para los hambrientos de justicia...

Texidor: Y para mí.

Reverendo: Nunca es tarde para tomar la senda correcta.

Texidor: Ojalá, pero a mí se me acabó el tiempo.(Pausa) Dentro de poco vendrán a pedirte, mejor a exigirte, que mi velorio sea aquí. Tendrás que decir que sí.

Reverendo: Te advertí que acabarías así.

Texidor: Lo supe desde siempre, aunque tenía la esperanza de que no sucedería todavía.(Silencio) Así que ya sabes, mi velorio será aquí, con muchas velas y música negra.

Reverendo: No puedo permitirlo.

Texidor: ¿Qué?

Reverendo: Sería un escándalo. El jefe mafioso del Bronx, el padrino de la droga de Mott Haven, es recibido con los brazos abiertos por la Iglesia.

Texidor: Yo le abrí mis brazos a la iglesia en muchas ocasiones.

Reverendo: No es lo mismo. Era tu deber.

Texidor: Mi deber, que chiste.

Reverendo: O la forma de pagar por tus crímenes.

Texidor: Nunca hice nada obligado, nunca. Todo lo que hice fue porque quise hacerlo.

Reverendo: Santo y bueno. Me bastan tus momentos de bondad.

Pero no puedo aceptar tu cadáver en este lugar sagrado. Vendrían todos tus amigos...

Texidor: Yo no tuve amigos.

Reverendo: O tus enemigos, los capos del vicio y el crimen, los pequeños maleantes, los medianos gatilleros, los grandes mafiosos de esta capital de la decadencia.

Texidor: Es cierto, vendrán.

Reverendo: Y esta iglesia es para los otros, los perseguidos, los golpeados, los menesterosos...

Texidor: Tendrás que hacerlo, no te queda otra alternativa. Mis hombres tienen órdenes de hacer volar todo esto y mandarte derecho al cielo si te niegas.

Reverendo: ¿Te atreves a amenazarme?

Texidor: Sabes que siempre hice lo que quise, aunque tuviera que llevarme de frente a Dios. (Tiempo y medio de silencio. El reverendo Pagán camina sobre sus pensamientos.)

Reverendo: ¿Respetarán la Iglesia?

Texidor: Se respetará. Ve a prepararte que pronto traerán mi cadáver.

Reverendo: ¿Qué pasará luego?

Texidor: No te preocupes, todo saldrá bien. Dejé todo arreglado. Vete en paz.

Reverendo: Sí, en paz... (Sale lento, con una carga que no logra definir.)

Sube la música mientras Michael Texidor rodea el tiempo de su muerte y se transparenta al pasado.

Escena tercera

Verde que te quiero verde

Entra Tom Forticello, un italoamericano de rostro aceitunado, complexión de sauce llorón y una mirada resbaladiza.

Tom: Mister Texidor.

Texidor: Llegaste vestido de inocencia y legalidad. Todavía no conocía el doblez de tu sonrisa. (Ahora en el pasado.)
¡El fiscal auxiliar del Bronx! ¿De qué se me acusa ahora?

Tom: Buenos días. En el día de ayer faltó usted a nuestra cita en la fiscalía.

Texidor: Caramba, fíjese que cosa, se me olvidó. Ultimamente estoy como ido. (En presente) Me encantaba hacerme el pendejo. Y tú me seguiste el juego.

Tom: Sabe que puedo mandarle a arrestar por incomparecencia.

Texidor: Y sin embargo prefirió venir a verme.

Tom: Necesito su declaración; preso no me sirve.

Texidor: Me gusta su estilo. (En presente, se le acerca, le ajusta la corbata y el gabán.) Siempre tuviste clase,

con tu ropa de seda y tus frases pulidas.

Tom: ¿Dónde estaba usted la noche del 22 de mayo de este año?

Texidor: Cuidando a mi mamá, que tenía fiebre. Le puede preguntar.

Tom: ¿Dónde vive ella?

Texidor: Lejos de la 140 Este.(En presente) El que da alante da dos veces.

Tom: ¿Por qué menciona usted esa calle?

Texidor: Sin juegos, fiscal, que no me gusta darle vuelta a las cosas. No estuve en la 140 Este esa noche cuando mataron a ese pusher.

Tom: Tengo un testigo que asegura lo contrario.

Texidor: Sacaste tu mejor carta.(En pasado) Es su palabra contra la mía.

Tom: Veremos cuál vale más.

Texidor: Hablemos de eso, que me interesa ese tema. ¿Cuánto vale usted, fiscal?(En presente) Gancho de izquierda al estómago.

Tom: El soborno es un delito muy serio, mister Texidor.

Texidor: La vida es una cosa muy seria. Usted lo sabe, si no, no estaría aquí. ¿Qué tal cien mil por el nombre de ese testigo?(En presente) Uppercut a la mandíbula.

Tom: Se equivoca usted, yo no...

Texidor: ¿Cuánto es su sueldo, fiscal?(En presente) Izquierda, derecha, izquierda, derecha, te estaba derrumbando la resistencia, si es que tenías alguna..(En pasado)

¿Sesenta, setenta y cinco por un año de trabajo, amanecidas, trajes desgastados, auto viejo, mujer cansada?

Tom: Me ofende usted con sus insinuaciones.

Texidor: Me gusta su indignación, demuestra que puede fingir bien.

Tom: Puedo meterlo preso por buen tiempo.

Texidor: Pero como usted dijo, preso no le sirvo. Cien mil por el testigo y doscientos cincuenta mil al año si trabaja para mí.(En presente) Te tumbé, nocaut.

Tom: (Pausa)¿Cuándo puede tener el dinero en billetes de cinco y de diez?

Texidor: Lo que tome contarle.

Tom: (Abre su carpeta) Aquí tiene la declaración jurada del testigo.

Texidor: (En presente) Me mataste, lo tenías todo planificado. Y yo que creía que estaba jugando contigo.(En pasado.) Es usted listo, fiscal, o debo llamarlo mejor abogado, ¿cómo le dicen ustedes?

Tom: Consiglieri, il consiglieri.

Texidor: Bienvenido, consiglieri.(Abre la declaración.) El soplón fue Pepo, Pepo Méndez.

Dos de los hombres de Texidor persiguen por el escenario a Pepo Méndez, lo capturan y se lo traen al jefe.

Texidor: Eres una rata, Pepo, y las ratas son asquerosas, me dan vómitos.

Texidor agarra un bate que uno de sus hombres le alarga e inicia un juego de beisbol con la cabeza y el cuerpo de Pepo. Los hombres de Texidor continúan el entretenimiento mientras sacan de escena los jirones de Pepo Méndez. Afuera se escucha la detonación de una pistola.

Texidor: Ya ése no testificará.

Tom: Cerrado el caso.

Texidor: Fue un buen comienzo, Consiglieri. Nunca me arrepentí de contratarte; me tuviste una lealtad de perro. Tú único problema es que cuando bebías se te aflojaban las nalgas.(Pausa...)Ve ahora y prepara mi entierro. Recuerda, ataúd blanco, tuxedo blanco, todo blanco.

Tom: Como usted ordene, padrino.

Texidor: Me gusta tu estilo, Consiglieri, definitivamente me gusta.

Tom Forticello sale con su paso legalista y sedoso. Texidor camina hasta el fondo del escenario y se funde con el decorado, mostrando la consustanciación entre uno y el otro, siendo Texidor la manifestación más evidente de las tonalidades que conforman el tejido social de esa comunidad.

Escena cuarta

DOA(Death on arrival)

Entra una mujer de unos cuarenta años de magras carnes, con los ojos llenos de formas extrañas a las que intenta apartar de su tambaleante caminar, los pies idos, de otra persona que no es ella, que la mira desde el espejo nublado de la inconsciencia, hasta que el mundo, el cielo, la calle y la basura se le mezclan en un remolino que la lanza de bruces al suelo, sin un sonido, sin una queja, como si estuviésemos presenciando una película muda. El silencio casi se condensa sobre el escenario. Una bocina lejana agujerea el espacio y la rutina asoma su faz cotidiana: autos que trepidan, voces que insultan, trenes que provocan insomnio...y la mujer permanece sola, como otra lata llena de moho y suciedad. Una tonadilla infantil viene saltando inocente desde el lateral derecho en las voces de dos niñas, quienes lejanas y ajenas cruzan en diagonal, cantando y riendo, le pasan por encima a la mujer tirada en el asfalto y prosiguen su ruta ciega. Mientras la tonadilla se enreda con las patas de las cortinas y se pierde por las varas y los contrapesos del teatro, un borrachín entra detrás de su botella vociferando.

Borracho: ¿Jú-jú de qué? Se lo dije a Secundino, que no se bebiera a la vaca. Pero entonces cantó el gallo y abajo en el puerto un tipo caminó sobre las olas. No, no, no, quiero ser mariposa, tú sabes, sacarte de la nevera,

hablar con el verde. Claro que comí vidrio, y hasta me afeité el bigote, uno trata, pero no se puede, tú sabes. Entonces busqué los jueyes debajo de las alcantarillas, tú me conoces, y los ojitos se me salían...(Una risa contagiosa lo ataca sin previo aviso.) ¡Qué clase de saramambiche!(La risa le hace cosquillas por todo el cuerpo.) Me lo dijo, que las cucarachas son más gordas, claro, y uno esperando la guagua...(Las carcajadas lo encorvan.) Toda la vida, tú sabes, sin papeletas ni billetes, pero uno ahí...(Casi llora de la risa cuando descubre a la mujer tirada en la calle.) Sister, ¿quién la parkeo ahí? Seguro. Olvídate, que ese pasaje me lo compro yo. ¿Tú quieres ir? Sin pena, que las lágrimas salen del mangle.(La levanta y le echa un trago de alcohol en la boca. La mujer no regresa.) Sister, te me adelantaste. ¡Qué bandida eres! Cuarto y cholín. Mira y que el trompo bailando sin cuerda.(Otra vez la risa, mientras se levanta y continúa su ruta.) Tú sabes, el tipo es primo mío y me lo prometió, sí, sí, sembrarme, claro, ni lo sueñes que en los ladrillos, si las manzanas están podridas. Adiós mis cuartos...(Se pierde con sus carcajadas entre los edificios.)

Cruza el escenario el celaje de un adolescente en patines, ensimismado en las piruetas que realiza y en el sonido conque su Walkman lo aísla del mundo. Salta sobre la mujer caída, doblando sus rodillas en un

paso de ballet callejero, gira sobre los cuatro pares de ruedas en un semicírculo perfecto y se detiene curioso ante ella. Una sonrisa es secuela de su observación. Sale con la misma prestancia, para regresar segundos después conduciendo un carrito de compras en el que carga una batería de auto, un amplificador conectado a la misma y una bocina. Coloca la bocina cerca de la cabeza de la mujer y enciende el amplificador. El infierno hecho sonido explota en el escenario, que se estremece completo en un esteror angustioso, pero la mujer sigue perdida en los páramos sin fin de la droga, que la ha llevado literalmente a la frontera final de la vida. El joven ríe despiadado, mientras sale de escena con el carrito del estruendo.

Texidor se desprende del fondo del escenario, se acerca a la mujer y la desaprobación le mueve la cabeza. La levanta con cuidado y camina hasta el lateral izquierdo.

Texidor: ¡Frankie, Frankie! Llama una ambulancia, avanza.
Hay que llevarla al hospital.

Frankie: (Entra subiéndose los pantalones)¿Qué pasa, Michael?

Texidor: Se está muriendo, hay que ayudarla...

Frankie: Déjala que se muera; total, menos perros, menos
pulgas. Y yo tengo cosas más importantes que
hacer...

Texidor: (Un cuchillo se afila en su mirada.) Vas a coger tu
carro, la llevas hasta el hospital y te quedas allí hasta
que los médicos te digan si se salvó y lo que pueda
necesitar. No me digas ni una palabra, cógela y haz
lo que te ordeno.

Frankie: (Mastica con rabia su resentimiento.) Sí, jefe.
Sale cargando a la mujer. Texidor es una esfinge de compasivo odio.

Escena quinta

Caín

El tono realengo de Héctor Lavoe se instala en el escenario con los acordes de **Todo tiene su final**. Texidor tararea la canción y le habla a su propio pasado.

Texidor: Que no existe eternidad, el mundo empezaba y terminaba conmigo. El que tiraba la raya final era yo, hasta ahora. Nunca me tembló la mano para tumbar cabezas o dar recompensas, a quien fuera, a los que llevaban mi sangre o a los que me la debían. El asunto era así de sencillo: conmigo, todo; en contra mía, nada. Familiares, enemigos, la competencia, sin pena, sin consideraciones para nadie. ¿No es cierto, Tom?

Entra Tom Forticello, se le acerca y le susurra al oído. Sube la música de Lavoe. Texidor interroga con la mirada, Forticello corrobora con el gesto. Texidor se va tensando. Forticello ofrece con su gesto encargarse del problema. La mano izquierda de Texidor impera y detiene: es todo mío. Los gestos de ambos se contagian de los acordes de la canción que vocaliza Lavoe, dándole a la escena un trasunto de ópera bufa que, sin embargo, no mella el filo de la rabia que amenaza con cortar la costra

de aire del escenario. Todavía cuestiona Texidor. Forticello le enseña un documento, Texidor lo arruga entre sus dedos: tiene suficiente evidencia para proceder. El abogado lamenta la situación; Texidor agradece el servicio. El final de la canción se lleva fuera de escena a Forticello. Un silencio largo se extiende sobre el escenario, tropezando solamente con la respiración pedregosa de Texidor. El reverendo Pagán, contrariado, temeroso, indeciso, entra.

Reverendo: No sé cómo te sales siempre con la tuya. Amenazas, liquidas a quien se te oponga, envenenas a nuestra gente con tus malditas drogas y ahora logras que se haga tu velorio en la iglesia.

Texidor: Tengo mis conexiones allá arriba.

Reverendo: Sólo que el Señor se hubiese vuelto loco. (Casi se arrepiente mientras escucha sus palabras.)

Texidor: Cálmate, Luis, que el arrepentimiento es una botella rota que corta hondo.

Reverendo: Suenas a predicador, pero sé que nunca te has arrepentido de nada,

Texidor: Tengo otras maneras de convencer. Y aunque estoy seguro que no me crees, más de una vez quise detener el disparo, pero no pude.

Reverendo: Querer es poder.

Texidor: No, Luis, si fuera así sería fácil. Cuando uno tiene el poder, los deseos y el cariño están prohibidos, estorban.

Providencia Rivera, la madre de Texidor, entra por el lateral y le trae una taza de café a su hijo.

Providencia: Aquí tienes el puya, nene.

Reverendo: No sé cómo pudiste.

Texidor: ¡Rico! Vieja, hay una cosa que tenemos que resolver.

Providencia: Tú dirás.

Texidor: Frankie me está robando.(Al Reverendo) Se quiso pasar de listo: que si el tipo del bilding 3 se había ganseao la mercancía, que si los de SanAn habían cogió la juyilanga, y era que el individuo me estaba tumbando como 15 grandes mensuales.

Providencia: Na, tu hermano no es capaz de...

Texidor: Me está robando; es igualito a su padre, un ratero mal nacido.

Reverendo: Wiso González, ¿dónde estará ese infeliz?

Texidor: Cogiendo a alguien de pendejo. Creo que ahora anda de ciego por Guayama.

Providencia: ¿Estás seguro?

Texidor: Como que usted es mi madre.

Reverendo: Sí, una sola madre, aunque los padres fueron todos diferentes. La doña se las trae.

Providencia: ¿Y qué vas a hacer?

Texidor: No hay salida. Si se lo permito a él, otros le seguirán los pasos. Nadie me respetaría.

Providencia: Frankie no es malo, es que se le llenaron los ojos de

- dólares. Mándalo para Puerto Rico, que se cambie de nombre, qué sé yo, que desaparezca por un tiempo...
- Reverendo: Hazle caso a tu madre.
- Texidor: No. No puedo.
- Providencia: ¿No puedes? ¡No quieres! Es tu hermano, acuérdate.
- Texidor: El que me roba es mi enemigo.
- Reverendo: Debes aprender a perdonar.
- Texidor: Le dejo ese trabajito a Dios.
- Providencia: Nunca lo quisiste, siempre lo dejaste en la sombra.
- Texidor: Le di todas los chances del mundo, le asigné el parquecito para que se defendiera, puse cinco hombres bajo su mando, le daba 2 mil cada mes, le regalaba mis trajes, pero el macho era afrentao, quería más; es que el que nace virao...
- Providencia: Pero...
- Texidor: Se acabó, vieja, no le des más vueltas.
- Reverendo: No lo hagas, Texidor; los fraticidas son condenados al infierno.
- Providencia: ¿Quién?
- Texidor: Cualquiera, no importa.
- Providencia: Sí importa, es sangre nuestra.(Pausa) Déjame a mí, yo me encargo.
- Texidor asiente y se acerca al Reverendo.
- Texidor: Vamos a preparar la comida.
- Reverendo: Hoy no es domingo.

Texidor: El hambre no tiene día.

Providencia: ¿Ya vas a meterte a cocinar para los piojosos? Cuanto bon se pierde en el Bronx viene a parar aquí para comer de tus manos. ¿Y qué te ganas tú con eso, ah? ¿Sentirte mejor? Olvídate, que nada puede borrar lo que eres: el jefe mafioso de Mott Haven. Ni cien mil esmayaos a los que les des un plato de arroz te van a ganar el pasaje al cielo. Que no te tiemblen las rodillas; vive como lo que eres; no te hacen falta esos sacrificios bobos. Si quieres, dales comida, pero no te ensucies las manos cocinando tú mismo y sirviendo tú mismo y fregando tú mismo, como una hermanita de la caridad. Eres el mandamás de este barrio, a sangre y fuego, lo demás son pendejás de gallo bolo.

Mientras la madre agujonea admonitoria a Texidor, éste y el Reverendo han entrado una larga mesa al fondo del escenario. Texidor va organizando los implementos de cocina y comienza a preparar la comida, sin prestar mayor atención al cacareo recriminatorio de Providencia.

Providencia: ¿Crees que los babosos te lo agradecen? Tan pronto se tragan el bocao, comienzan a hablar pestes de ti. Hasta soplonos hay entre ellos. Y tú quieres que te quieran, que piensen que eres el salvador del barrio.

Texidor: Lo soy. Me lo dijo la trabajadora social que vino a repartir condones entre mis clientes.

El Reverendo se ha acercado a la trabajadora social en el lateral derecho. La madre sale.

Reverendo: Es mejor que usted hable primero con él, no sea que se meta en problemas.(Giran hacia Texidor, quien sigue cocinando.)

Texidor: Tenía la mirada más dura y dulce que yo haya visto. ¿Así que es trabajadora social?

Reverendo: Sí, trabaja con la ciudad en...

Virgen: Permítame, Reverendo. Virgen Torres, de la Oficina del alcalde en prevención contra el AIDS.

Texidor: ¿Todavía virgen?

Virgen: Virgenmina, pero era muy largo, así que soy Virgen para todos.

Texidor: Los tenía bien puestos la niña.

Virgen: Voy a establecer una caseta de información en la 138, para distribuir folletos sobre el AIDS, explicarle a la gente las formas de evitar el contagio y regalarles condones y jeringuillas.

Reverendo: Tú sabes que aquí es donde más enfermos de AIDS hay en toda la ciudad.

Texidor: ¿En la 138? ¿Cerca de Brooks?

Virgen: Justo al lado del punto donde sus hombres venden la droga.

Reverendo: Pero podría ser en otro sitio, quizás aquí mismo en la iglesia.

- Texidor: Los que vienen aquí no necesitan la ayuda de la señorita.
- Reverendo: No creas.
- Virgen: También puedo pasar por acá, pero es en el punto donde puedo ser más efectiva.
- Texidor: Me parece bien.
- Reverendo: No podía creer lo que estaba oyendo.
- Virgen: (Incrédula)¿Está de acuerdo?
- Texidor: No sólo eso, sino que iré con usted y le diré a mis hombres que la ayuden con la vaina esa.
- Reverendo: Siempre fuiste una caja de sorpresas para mí.
- Virgen: No necesito ayuda de sus hombres, sólo que me dejen hacer mi trabajo.
- Texidor: Así se hará.
- Virgen: Otra cosa. Queremos empezar una campaña en las escuelas del barrio, para crear conciencia del problema de las drogas.
- Reverendo: Hay que sembrar en el terreno que todavía no está dañado.
- Texidor: Aproveche la hora de salida de las escuelas. Nosotros sacamos a los vendedores de las calles durante ese tiempo.
- Virgen: (El desconcierto brilla en sus ojos)¿Por qué hace todo eso, señor Texidor?
- Reverendo: Sentido de culpa.
- Texidor: Te equivocas, Luis. A mí me importa este barrio. Tengo a más de 250 comiendo caliente y vistiendo

bien. Eso es más de lo que la ciudad, el estado y los federales han hecho por Mott Haven. 32 negocios nuevos viven de nosotros, señorita. Aquí se mueve dinero ahora, mucho dinero, y se nota. Estoy acabando con el desempleo, Luis, y cuando alguien del barrio no tiene, aquí está Michael Texidor para ayudar. Se murió doña Petra y no tenían para el entierro, yo lo pagué. La Lupe estaba comiéndose un cable y nadie la dejaba cantar en sus negocios, La bachata la contrató por seis meses.

Vírgen: La Yiyiyi. Yo la escuché allí una noche.

Reverendo: Sí, claro, la contrataron después que tus hombres le rompieron dos costillas al dueño.

Texidor: Es que hay gente cabecidura. Lo importante es que la prieta guisó por seis meses.

Reverendo: Es que ahí es que está el problema. Ella consiguió su empleo, y ya está, aquí paz y en cielo gloria. Aquél se quedó con sus costillas rotas y tú, feliz de ayudar al prójimo.

Texidor: Tienes razón. Cuando tiro cinco mil pesos al aire en crismah y la gente tiene con qué celebrar, me siento feliz.

Reverendo: ¿Y cuando mandas a matar a alguien, eres feliz? Has traído empleos a Mott Haven dices, pero no mencionas los más de cuarenta asesinatos que nos ha

regalado tu pandilla. Tu propio hermano apareció con cinco balazos en la cabeza. Si algo has traído a este vecindario es la muerte, muerte para los que se te oponen, muerte para los que compran tu maldita droga, que para colmo la llamas cínicamente Death on Arrival, la muerte, como si fuera el pan nuestro de cada día.

Texidor: Eso mismo es, la muerte nuestra de cada día. Lo único que hago es que a unos les llegue más pronto, y a otros, que no la pasen tan mal mientras tanto.

Virgen: Sabe, usted se me parece a este barrio.

Texidor: ¿En qué?

Virgen: Usted es un Mott venido a menos.

Reverendo: Esa trabajadora social fue de las pocas mujeres que respetaste.

Virgen: Mott fue un defensor de los esclavos y de los derechos de la mujer y usted a su vez defiende a este barrio, a su manera, pero lo defiende.

Texidor: Así que el barrio se llama así por ese individuo.

Virgen: Sí, es algo así como el puerto de Mott. Ahora es otra la historia, pero al principio esta comunidad era una especie de asilo para los perseguidos.

Reverendo: Te fascinó la comparación con Mott. Te habían dado la mística para matar.

Texidor: Señorita, proceda con su encomienda, y si necesita algo, lo que sea, venga donde mí.

Virgen: Gracias, señor Texidor.

Mientras sale la trabajadora social con el Reverendo, entran Frankie y Providencia a un círculo de luz familiar. Texidor comienza a cambiarse de ropa, vistiéndose de blanco para su propio entierro.

Frankie: Te juro que son embusteh, mamá.

Providencia: (Lo abofetea.) ¡Cállate, canto de estúpido! Lo tenías todo, tu hermano te protegía, y tenías que esmandarte.

Frankie: Si no hice na...

Providencia: Le robaste, él tiene las pruebas, no te quieras pasar de listo...

Frankie: ...Bueno... pero es que... tenía unas deudas, y tú sabes cómo es Michael cuando uno juega y pierde...

Providencia: (Maternal a Michael) Jugabas con él de pequeño. Siempre te hizo trampas.

Michael: No tenía otra forma de ganarme.

Frankie: ¡Mierda es! Yo era mejor que tú.

Michael: Eras débil y cobarde.

Providencia: Pero te quiso mucho.

Michael: Con querer no se come.

Frankie: Desde entonces me tuviste envidia, porque era más lindo que tú. Las mujeres me preferían a mí, en los bailes, en la escuela, en el barrio... Frankie Boy, el papote, Elvis, me pusieron de sobrenombre, el gevo... Y tú, feo, coño, feo con cojones, chiquito y bruto... Las mujeres te tenían miedo y si alguna se te pegaba era por pena. No sabías ni bailar. Mamá, te acuerdas

cuando cayó espatarrao en la pista de baile...La gente se moría de la risa...El mono, así le decían, el mono, está cabrón...(Providencia y Frankie son ahora dos carcajadas contagiosas.)

Michael:

(Se sonríe) El mono y el lindolo...Esa noche se decidió tu suerte y la mía. Frankie lo esperaba todo por su cara linda, y yo supe que nada me llegaría fácil, que tendría que ganármelo a golpes.(El calor de la risa se va condensando poco a poco con las palabras de Texidor, quien comienza a golpear a Frankie.)

Mientras Frankie corría detrás de las nalgas de la primera cuero que se cruzaba en su camino, yo corría detrás de los trenes de carga pa' vaciarle los vagones. (Lo tumba al suelo y se abalanza sobre él, agarrándolo por el cuello.) Así tú acababas en un cuarto de mala muerte, borracho y pelao, mientras yo vendía la mercancía en las calles. Y después te atrevías a pedirme dinero, a mí, al mono de quien te reías con tus putas de baratillo. La risa se te fue a las patas cuando organicé mi ganga en la 138. Ya cuando dominé todo Mott Haven tu burla se fue cambiando en envidia. Entonces te comió el odio: Morrisonia, Hunts Point, Highbridge eran míos, y a ti sólo te quedaba tu cara linda. Las mujeres ya no te adoraban porque ahora el tren lo guiaba el mono. Y a pesar de tu odio, de tus pequeñas traiciones y

tus traqueteos, te protegí y te ayudé.(La madre los separa.)

Frankie: Me diste las sobras.

Providencia: Malagradeció, cómo tu padre.

Frankie: Esa fue su venganza, hacerme su sirviente. Frankie, búscame tal cosa; Frankie, llévate esto; Frankie, túmbate a fulano; Frankie, límpiame el culo. Coño, a mí, a tu hermano.

Providencia: El era el que mandaba.

Frankie: Me humillaba, delante de todos me hacía sentir como una porquería.

Texidor: Eres una porquería

Providencia: Mordiste la mano que te daba de comer.

Texidor: Y lo que no sirve, se echa a la basura.

Providencia saca su arma y le apunta a la cabeza a Frankie.

Frankie: Mamá, deja eso, no jodas, soy yo, Frankie.

Providencia: Sí, mi hijo, yo te traje al mundo.

Frankie: Por Dios, mamá, no me mates. Maiki, jefe, no la dejes.

Providencia: Ahora te quito lo que te di.

Trémula, Providencia hala el gatillo. Las balas salen en caravana...

Frankie ya no es. La madre retorna con un llanto hiposo: Providencia se derrumba sobre su hijo muerto.

Providencia: Mi hijo bello, qué te he hecho, qué me hicieron hacerte.

Texidor: Es el Bronx, vieja, el Bronx.

Providencia: No me vengas con historias, eres tú.

Texidor: Es lo mismo, yo soy el Bronx. Desde que me traíste aquí, se me metió por el pellejo. A los diez años le probé el sabor con el primer cantazo de heroína. A los catorce, le conocí la forma de sus puños cuando me agarraron robando en una joyería. Y cuando me encerraron en la nevera a los diecisiete por asalto a mano armada, ya éramos uno, el Bronx y yo. Allá adentro, encerrao en esa tumba, me chupé las trampas más sucias, todas las formas de matar, cómo sacarle chavos a los pushers, venderle protección a los negocios, organizar a las putas... Y salí de aquel roto ready, con el Bronx latiéndome en las venas.

Todas las esquinas del barrio se vacían en le escenario, formando una comparsa que acompaña la ascensión de Texidor. Todos, vivos y muertos, hacen de él su expresión física y verbal, repitiendo un canon musical que hace eco de sus palabras.

Texidor: Bloque a bloque fui apoderándome de Mott Haven: le renté a los pushers las esquinas, los callejones, los edificios abandonados, los parking...los pocos que se resistieron, desaparecieron bajo una chorro de cemento. A los negociantes no tuve que

convencerlos: ellos mismos venían a pedirme protección. Los bares de putas, los prestamistas, los junkers, todo el barrio me respondía a mí, porque el barrio y yo éramos uno solo. Michael Texidor: el padrino de Mott Haven. ¿Te das cuenta, vieja? Aquí llegamos a ser gente, porque somos parte de esto, de los edificios quemados, de los bones y los jukeaos, de los elevaos y el subway, nosotros somos este jodío barrio. ¿Que no hay mañana, que la única salida es la muerte? A mí qué, llegué descalzo y me voy con tuxedo. Me fumé la vida hasta el cabo, así que nadie me llore ni se ponga triste...

Comienza la canción No me llores más, vocalizada por Héctor Lavoe y cantada a coro en una gran celebración de la vida y la muerte.

Coro: No quiero que nadie llore
si yo me muero mañana,
señores no traigan flores
para mí no quiero nada.

Texidor: Si yo me muero mañana,
mañana por la mañana
no quiero que nadie llore
no quiero que digan nada.

Coro: No quiero que nadie llore
si yo me muero mañana,
señores no traigan flores

para mí no quiero nada.

Texidor:

Lágrimas dulces

en la noche sin besos, qué va,

de mi soledad

y no me llores, no me llores,

que no me llores na, mamá.

Coro:

No quiero que nadie llore

si yo me muero mañana,

señores no traigan flores

para mí no quiero nada.

Texidor:

Eh, no me llores, no me llores más,

no me digas na,

eh, cosita rica,

vete con Marcolino a bailar.

Coro:

No quiero que nadie llore

si yo me muero mañana,

señores no traigan flores

para mí no quiero nada.

Texidor:

Biribiribó, biribiribó, bombó,

si yo me muero mañana,

no me lleven flores

y no me digan ná.

Coro:

No me llores ná,

no me llores ná,

no me llores ná,

no me llores ná.

Caen rumbo el telón.

Acto segundo
La honra y el honor

Escena primera
Tuteo

Sube el telón sobre el vacío: el escenario es un bostezo de sombras. De pronto un gozne lejano deja escapar su gemido oxidado. Una luz fantasmagórica recorre el espacio escénico que sufre de escalofríos. El eco de una carcajada de Texidor se desdibuja en el aire temeroso. Un cuchillo de luz penetra hasta el centro del escenario donde descubrimos al ataúd de Texidor, inmaculadamente blanco. La blancura penetra hasta el interior del mismo, impregnando de tonos albos todo el conjunto que acompaña la ineludible negrura del muerto. La música quisiera ser sacra, pero un retumbar lejano de cueros le va cambiando la clave, subvirtiendo el recogimiento que provoca la presencia de la muerte. Ramón, el celador, se acerca temeroso al ataúd. En sus ojos brilla un miedo jubiloso.

Ramón: Así que te moriste, finalmente te moriste, estiraste la pata, o te la estiraron. Hum, tremendo ataúd, ah. Vale un ojo. Pero a ti siempre te gustó presumir. ¡Qué clase de cadenas, diablos! Quién iba a decir que el negrito de Provi iba a tener un entierro como éste, si llegaste aquí comiéndote los mocos. Michael Texidor, el mafioso más grande del Bronx, el poderoso

cachanchán de la droga, muerto...porque estás muerto, ¿verdad? Liquidao, tieso como un palo, muerto...Fíjate, ya no te ves tan poderoso...hasta te me pareces al cagacatres que me ayudaba a recoger botellas y que se escondía asustao cuando escuchaba una sirena. Te meabas encima del miedo, so lambestaca. Y yo tenía que protegerte y cuidarte, porque nadie sabía quien era tu pai y tu mai estaba metía en la cama con el primer matarife que se le cruzaba en el camino. Entonces me tratabas con respeto. Pero el mundo está lleno de malagradecíos y de malnacíos, y nunca te acordaste de mí cuando te hiciste de chavos robando y matando. Me pasabas por el lao y ni me saludabas, como si te diera vergüenza conocerme. Y tenía que decirte don, yo que te di de comer de mi mano... Te cogí miedo, es verdad, mandabas a matar a cualquiera...pero ahora te jodiste, ya no eres Don Michael Texidor, ahora eres una mierda como todos nosotros, te lo digo en la cara, Guelo, eres Guelo y más na y te vas a podrir, con todo y tu ropa cara y esas prendas lujosas, Guelo, el apestoso, Guelo el podrío, Guelo el...

Casi saltando de gozo, Ramón ha estado rodeando el ataúd y manoteando hacia el cadáver, con una creciente confianza y desenfado que recaba la solidaridad de la risa. De pronto, un rayo de espanto paraliza a Ramón, quien instintivamente asume una posición servil,

lejana del erguimiento desafiante que exhibía hasta ese momento. Unos pasos y un murmullo crecen junto a su miedo. Aterrado, Ramón se aparta a un lateral desde donde observará y participará de la acción de la próxima escena.

Escena Segunda

La repartición y el perdón

Una procesión silente se acerca al ataúd. El ruido de los pasos sobre las baldosas tiene algo de hueco, de falso. Los rostros permanecerían en sombras si no fuera por el resplandor blanquecino que emana del ataúd y que les confiere un aura fantasmagórica a todos, aura que sin embargo se emparenta más al oropel barato que al brillo siniestro del terror. Va conformándose el cortejo fúnebre, con Providencia a la cabeza, Lillian Morales, la esposa de Texidor, Mercedes Cíntrón, la amante, Tom Forticelo y los delegados y guardaespaldas de las diversas pandillas y grupos mafiosos de la ciudad, cada uno ocupando el lugar que Providencia les asigna. Hay algo extraño, desencajado en el grupo, como si fuesen monigotes lanzados a escena, con ropas demasiado grandes para ellos. A una señal de Providencia, comienza un murmullo casi imperceptible, con aspiración a rezo, pero sin el conocimiento de la oración y sin la convicción de la creencia. Cumplido el minuto de rezo requerido, corta el murmullo el gesto tajante de Providencia, y los rostros adquieren un hálito de animales de presa.

Providencia: Ya, que la hipocresía empalaga. Todos ustedes le deben algo a Texidor, pero no vinieron a pagar, vinieron a ver qué les toca. Pena, dolor, lágrimas, son mías; ustedes no, ustedes sólo tienen dientes afilaos listos para morder. Pero soy yo, Providencia Rivera, su madre, la que corta el bacalao. Y lo voy a repartir, a cada cual según se merece. Lo justo. Así es la vida: si sembraste, cosechas. Al que se quedó en la cama, que se lo coman los piojos. Empecemos por la cabeza: todo sigue igual, no hay cambios. Yo cojo el lugar de Texidor. De ahora en adelante, ustedes le responden a Providencia, la jefa. Se hará lo que yo diga, cuando yo diga y como yo diga.

Las miradas se cruzan sesgadas y en su cortante filo las palabras de Providencia parecen hielo picado. Ella presiente el desafío e instintivamente acerca su mano al revólver que lleva bajo la enlutada blusa.

Providencia: Se mantendrá el punto de la 138. Tom llevará las cuentas y el Calvo se encargará de repartir el material. Todo como antes. Tom será mi mano derecha.(Pausa.) Con las demás gangas de Brooklyn, Loisaida, del BARRIO, seguiremos en buena relación, ayudándonos cuando haga falta

y sin competir con nadie, sean boricuas o no. Con los dominicanos, vamos a negociar...

Lillian: Pero si fueron ellos los que lo mataron.

Providencia: Por eso mismo. No quiero una guerra. Ellos quieren el punto de Morrisonia, pues que lo cojan. Tom piensa que es lo mejor en este momento. Luego veremos quién puja más, si ellos o nosotros.

Lillian: Michael nunca hubiera aceptao eso.

Providencia: Michael está muerto y sin él no somos lo mismo. Ahora hay que dar del ala.

Tom: Aún sin Morrisonia tenemos lo suficiente. Se lo dije a Tex.

Lillian: Pero él decía que no se les podía permitir coger vuelo porque luego nos iban a comer los dulces.

Tom: Si le hubieramos vendido el punto de Morrisonia todavía Tex estaría vivo.

Lillian: Pero no lo está y ustedes van a dejar que los que lo acribillaron se salgan con la suya.

Tom: Esto es un negocio, Lily, y hay que dejar los sentimientos a un lado. Si nos enfrentamos a ellos, podríamos perderlo todo.

Lillian: Pero es que ya lo perdimos, ¿no se dan cuenta? Hoy vamos a enterrar a Michael Texidor.

Providencia: Pero nosotros no nos vamos a enterrar con él. Hay que seguir pa'lante.

Lillian: Pues yo no quiero seguir. Si ustedes están en esas,

- yo no voy más. Me dan mi parte, que yo me quito.
- Providencia: ¿Tu parte?
- Lillian: La mitad de los chavos, que para algo me acostaba con él todas las noches.
- Tom: Pero Tex nunca dijo que tú tenías parte en sus negocios.
- Lillian: Lo digo yo ahora, la viuda de Michael Texidor.
- Providencia: Así que reclamas derechos. ¡La mitad! No está mal, cariño.
- Tom: Pero Providencia, no pensarás...
- Providencia: Shhh. Señores, la señora pide su parte y la tendrá. Tú, Lillian Morales, que fuiste su esposa en papeles, su primera y única esposa, que por desgracia naciste y morirás seca, sin hijos que se encarguen de ti cuando estés vieja, tú, que tanto te las diste de gran señororona, para ti tengo: dos años sin macho.

Escándalo espeso. Lillian Morales se sulfura, dos de los guardaespaldas la detienen, mientras se alborota el cacareo de los asistentes al velorio. Desde una esquina, Ramón clama:

- Ramón: ¡Respeten la iglesia! ¡Respeten la iglesia!
- Providencia: Como yo me entere que has metido a alguien a tu cama, te voy a rellenar de plomo y te voy a quemar todas las greñas. ¡Que no se diga que mi hijo fue un cabrón a quien su mujer le pegó cuernos tan pronto lo enterraron! La esposa es la esposa, y así se tiene que

portar. Hay que respetar al marido, coño, porque el matrimonio es lo más sagrado que hay. Dos años, Lillian, dos años.

Lillian: Eres una zafia, Providencia.

Providencia: Eso es lo que te toca, mi amor. ¿Qué te crees, que te voy a dar dinero pa' que te luzcas con tus cortejos?

Lillian: Te vas a podrir en el infierno.

Providencia: ¡Sáquenla de aquí!(Los guardaespaldas la sacan a empujones.)

Lillian: ¡Suéltense! ¡Mal rayo te parta! Eres peor que tu mierda de hijo.(El eco de sus imprecaciones se va perdiendo en la lejanía.)

Ramón: ¡Respeten la iglesia!(El vocerío semeja el sonido gordo de una gallera. Providencia impone silencio.)

Providencia: Lo justo es lo justo. Nadie se queje que hay pa' todos. Seguimos con las mujeres. Para Mercedes Cintrón, que fue su mejor amante, y que soportó ser la segunda, y quedarse sola en navidad, año nuevo y reyes, Mercedita, con quien nunca Texidor pasó su cumpleaños, pero a quien quería como a su propia carne, a ti, que te pareces tanto a mí, toda la comprensión del mundo, porque ya has sufrido bastante cargando esa cruz por tanto tiempo. (La sorpresa abre las bocas de los asistentes al velatorio.)

Ramón: ¡Respeten la iglesia!

Providencia: Y cuando necesites algo, aquí está Providencia pa' apoyarte.

- 3 -

Mercedes: Provi, Texidor me había prometido un apartamento.

Providencia: A mí nunca me dijo na'.

Mercedes: Y ni te cuento de la promesa de un carro nuevo, muebles de cuero, una nevera que hace hielo...

Providencia: Así son los hombres, en la cama prometen villas y castillos.

Mercedes: Pero tú que eres mujer sabrás cómo quedo yo ahora que lo mataron. Algo me tienes que dar.

Providencia: Tienes toda mi comprensión.

Mercedes: Con eso no se vive.

Providencia: No tengo nada más.

Mercedes: Tienes, Provi, tienes, no te hagas de rogar.

Providencia: Ahora me jodí yo. Mercedita también quiere un canto del bizcocho.

Mercedes: Me lo gané. Bastantes golpes que me dio tu hijo.

Providencia: ¿Quién te mandó a meterte con Frankie?

Mercedes: Frankie era también tu hijo.

Providencia: Así que se quedaba todo en familia. Era Michael el que te mantenía, y tú te acostabas con su hermano.

Mercedes: Nunca quise a Texidor. Todo lo quería a la fuerza, a la cañona. Frankie, no, Frankie era una sedita.

Providencia: Lo era.

Mercedes: Tú también lo querías.

Providencia: Sí...Pero ya no queda tiempo pa' lamentarse. Ambos están muertos. Tú, búscate un buen hombre y acógete al buen vivir, que todavía eres joven y te conservas.

Mercedes: Así que me dejas con las manos vacías. Después de

soportar a tu bestia de hijo, de vivir asustada y con miedo de que me fuera a matar, lo único que recibo son consejos.

Providencia: Y suerte. No se diga más. Si quieres quedarte, sea. Pero no vuelvas con lo mismo, que esto no es el wellfare. (Pausa. Mercedes la mira de sosalayo, pero opta por quedarse en espera de alguna migaja.) Señores, seguimos con la repartición. En cuanto a los a los achichincles, las mulas, los mensajeros, los alcahuetes, todos seguirán haciendo lo mismo mientras cumplan. Al que falle y al que robe, limpiol.

Una mujer de cuerpo enjuto y mirada perdida se separa del grupo y se acerca a Providencia.

Rosa: ¿Y a mí, qué me vas a dar? Dime, Providencia Rivera, qué me toca a mí de tu repartición. Mira que la deuda es grande, porque tu hijo se llevó al mío, a mi Danny, que ni compraba ni vendía drogas. Mi Danny, de dieciseis años, sin vicios, y que se graduaba ahora, y tu Texidor me lo mató. Mi muchacho era atleta y los colegios lo querían, como lo quería todo el mundo, porque era sano. Pero los hombres de tu hijo me lo acribillaron a balazos. Sólo estaba viendo una película con unos amigos, una dichosa película de un mafioso cubano, y cuando empezaron los disparos yo creía que eran de la película, pero cuando subí los encontré

nadando en sangre, y mi Danny bocabajo, con la espalda hecha un colador. Y no había hecho nada, Providencia, nada, y me lo mataron...(Las manos de la mujer retuercen los recuerdos.) Ayer cumplía diecisiete. Le compré un bizcocho y con varios de sus amigos le cantamos cumpleaños feliz.(Canta con voz entrecortada.) Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, cumpleaños mi Danny, cumpleaños feliz.(El dolor se va contrayendo en ira.) Al tuyo lo mataron por bandido, por drogo, por asesino, y podrás llorarlo, pero sabes que se lo merecía. Pero qué hago yo con Danny, dime Providencia, qué me vas a dar para compensar su muerte. Dentro de una semana es su graduación y yo voy a estar allí para recibir su diploma y para seguir maldiciendo a tu hijo, que ojalá y se pudra en su tumba y ni los gusanos quieran comerse esa basura. Porque Michael Texidor no fue otra cosa que basura.

Durante su última línea, la mujer se ha ido acercando poco a poco al ataúd y en un resorte de ira escupe la cara del muerto. Brotan las armas de los guardaespaldas con un movimiento ampuloso que gira amenazante hacia la frágil mujer. Los detiene el gesto enérgico de Providencia.

Providencia: Déjenla. Ya tiene suficiente con su sufrimiento... El dolor nunca se va. Yo lo sé...Vete con tu pena, mujer,

y dale gracias a Dios que yo también soy madre.

Un silencio rencoroso acompaña la salida de la mujer. Providencia se acerca al ataúd y seca la saliva de la cara de Texidor con un pañuelo que toma del bolsillo del gabán de uno de los mafiosos.

Providencia: Tom, qué pasó con el hijo de esa mujer.

Tom: Alguien se equivocó.

Providencia: ¿Quién?

Tom: No sé, era un lío con los de Saint Ann, no estoy seguro.

Providencia: ¿Y Texidor?

Tom: Se enteró tarde, pero mandó a pagar el entierro de los tres muchachos. Fue una equivocación..

Providencia: Hay que aprender a perdonar. A esa mujer le duele la vida y no habrá nada ni nadie que la consuele. Y cuando el dolor se empoza dentro de uno, se pudre y explota. Por eso hay que perdonar. Alguien se equivoca, hala el gatillo y cae el que no era. Y cómo decirle, con qué palabras suplicarle que entienda la muerte de su hijo y perdone al mío. Jamás lo entendería. Pero Texidor se merece eso y más, porque también metía el hombro cuando cualquiera lo necesitaba y tenía el bolsillo abierto para los estómagos vacíos. El se merece el perdón y yo

lo necesito.(Pausa.) Ramón, avísale al Reverendo que venga a despedir a Texidor.

Ramón: Pero Providencia, el Reverendo Pagán dijo que no...

Providencia: Búscalos, y no me tienes la paciencia.

Ramón sale en busca del Reverendo mientras Providencia se acomoda al lado del ataúd, dejando libre la cabecera para la ceremonia final. El Reverendo Pagán entra seguido de su acólito. Contrariado observa al impávido grupo de falsos dolientes y comprende que no podrá negarse a officiar la despedida del duelo. Camina lento hacia el espacio reservado, buscando en su memoria cómo salir airoso de este entrampamiento. Ramón se repliega a un costado.

Reverendo: Dice el Señor por boca de su predicador en el capítulo nueve, versículos dos y tres del Eclesiastés: *Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que un mismo suceso acontece a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos.*

Miguel Texidor vivió atormentado por el mal porque no conocía el camino del bien. Intentó buscar ese camino a su manera, quiso habitar entre los justos, mas sus propios pasos lo traicionaban. Hoy pienso más en ustedes que en él, porque como sigue diciendo el predicador:

Aún hay esperanza para todo aquél que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.

Un murmullo de protesta contorsiona a los dolientes, murmullo que extrañamente semeja un gruñido apagado. La voz del Reverendo se impone.

Reverendo: *Porque los que viven saben que van a morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en lo que se hace debajo del sol.*

Miguel Texidor ya nada sabe. Sus acciones ya no nos afectan, para bien o para mal. Con él se van sus muertos y sus dudas, sus miedos y sus sueños de grandeza. Nunca aprendió que el Bronx no perdona. Ustedes que todavía viven, todavía, pueden enmendarse y optar por la senda del bien.

Uno de los guardaespaldas, convencido de que actúa respaldado por la función que cumple, se ha acercado a Mercedes Cintrón y le acaricia las nalgas con desfachatez. Esta gira y lo abofetea. El guardaespaldas escupe maldiciones mientras se apresta a devolver el golpe.

Providencia desenfunda su arma.

Providencia: Como te atrevas tocarla, te vuelo la tapa de los sesos.

Otro de los hombres hala al guardaespaldas y lo aparta. Espeso borboteo de voces.

Ramón: ¡Respeten la iglesia!

Providencia: (Apuntándole a Ramón.) Si lo vuelves a decir una vez más, el próximo velorio será el tuyo.(Ramón desaparece.) Continúe, Reverendo.

El Reverendo es una esfinge de impotencia.

Reverendo: (Alza sus ojos al cielo.) ¡Que el Señor nos perdone a todos!(Cabizbajo comienza a salir.)

Providencia: ¿No se le olvida algo, Reverendo? (Este se detiene.) Texidor se merece unas palabras de agradecimiento por todo lo que hizo por esta iglesia y por usted.

Reverendo: La caridad no se pregona ni busca recompensas.

Providencia: Eso decía Texidor y ahora está muerto. Todo el mundo habla de sus crímenes, pero nadie menciona que esta iglesia se mantenía con su dinero.

Reverendo: Nadie se lo pidió.

Providencia: Mejor, lo hacía porque quería. El animal rabioso que muchos despreciaban, le daba de comer a usted y a sus mendigos.

Reverendo: Es deber de todos ayudar al desvalido.

Providencia: Pero muy pocos lo hacen. Y Texidor lo hizo de corazón porque creía que con eso...

Reverendo: Se ganaba la salvación. Un negocio redondo: la absolución de los pecados y la vida eterna a plazos cómodos. Como si el Señor entrara en transacciones con los impíos.

Providencia: Usted no entiende, definitivamente no entiende. Texidor no quería salvarse él, sino salvar a los demás.

Reverendo: ¿Y para salvarlos los mataba?

Providencia: No, a esos, no; a los otros. Siempre hay gente que se condena, y a esos no hay Dios que los salve. Pero a Texidor le importaban los demás, y se desvivía por ayudarlos. Mil veces le dije que no lo hiciera, que la gente cogía sus chavos por delante, y le clavaban la puñalá por la espalda, pero no me hizo caso, nunca me hizo caso. Y ahí lo tiene, muerto y abandonao, listo para el hoyo, y no vino nadie de los muchos que él ayudó. ¡Qué fácil le resulta a la gente olvidar! ¡Desgracias!

Reverendo: Sólo Dios conoce el corazón de las personas.

Providencia: Pero usted habla por él, así que despídalo como Dios manda. Acepte que también fue bueno y

se sacrificó por este barrio. Dígalo en voz alta para que todos se enteren: Michael Texidor fue nuestro salvador. Si lo dice usted se lo creerán y todos se darán cuenta que con él vamos a enterrar algo de nosotros mismos. Dígalo, Reverendo, atrévase a perdonarlo antes que lleguen los buitres y sea demasiado tarde.

Reverendo: Providencia, lo que me pides es imposible.

Providencia: En su mundo nada es imposible.

Reverendo: No puedo santificar a tu hijo.

Providencia: Pero tampoco condenarlo.

Reverendo: Cada cual es responsable de sus acciones. Y yo me debo a esta comunidad. ¿Cómo pedir el perdón para Texidor sin ofender a los familiares de todos los que él liquidó? Parecería que la Iglesia condona los crímenes, las amenazas y las golpizas. No, Texidor sabía lo que hacía y lo que le esperaba. Murió como vivió, y nadie le debe nada. Bastante he hecho con recibir su cadáver aquí.

Providencia: ¿Así que usted también le da la espalda? No te lo dije, mi hijo, todos te odian, nadie te agradece nada... Bueno, pues entonces, se acabaron las bondades. Cero comidas gratis para nadie. El que no trabaja, no come. A mí no me interesa salvar a nadie. Esto es el Bronx: si no te quitas del medio, te paso por encima. Y si no sabes nadar, te ahogas, que se acabaron los salvavidas. Así es como se bate el cobre.

Hay que pagar el "toll", sino te quedas estoqueao. Se acabó lo que se daba. Esto es la guerra, sin ay bendito ni pena que valga. Lo oyeron todos, se acabó. Vamos a enterrar al último salvador.

Reverendo: Providencia, no te engañes a ti misma que Texidor...

Providencia: Se acabó, Reverendo, ni un chavo pa' la iglesia, ni comida ni pa' Cristo. Quédese usted con su pureza y déjenos a nosotros bregar con to' lo sucio que hay en este barrio.

Reverendo: Es que no me entiendes.

Providencia: Yo sí entiendo. Texidor era bueno para usted cuando se convertía en Santa Cló, pero ahora está muerto y pa'l hoyo.

Reverendo: Pero...

Providencia: Ni una palabra más. Enciérrese en su altar y espere que los pobres vengán a usted. Yo me llevo a mi hijo para el cementerio, que ya nada tenemos que hacer aquí. (Se dirige al ataúd, le da un beso a Texidor y cierra la tapa lentamente.) Adiós, Michael Texidor, mi hijo del alma, adiós. (Cuando parece que los hombros se le ablandan y que la madre va a salir en el torrente de lágrimas, los músculos se tensan y un erguimiento soberbio se apodera de su cuerpo.) Señores, se acabó la repartición y nos vamos sin el perdón. Así de ingrata es la vida. ¡Afuera, que aquí no se nos ha perdido na'!

Escena Tercera

La danza macabra

Un resonar lejano de tambores abre el camino hacia el rito. Una luz terrosa proveniente del subsuelo hace flotar el escenario en el ámbito de la irrealidad más remota. Los rostros adquieren conformación ceremonial de máscaras y los cuerpos comienzan a reproducir en movimiento de hombros y caderas el ritmo primitivo de los tambores, a la par que las vestimentas cotidianas ceden el paso a la piel desnuda. El ataúd semeja ahora el altar comunal alrededor del cual los oficiantes comienzan a danzar. En los movimientos sincronizados del grupo se refleja el sentimiento de la comunidad ante la pérdida de uno de los suyos. Redoble del tambor. Una exhalación de luz salta sobre el ataúd: es la encarnación de Texidor cruzando el río de la muerte. Al otro lado le espera su hermano Frankie, nuevo y devaluado Virgilio, quien ha de conducir a Texidor por las rutas del olvido. Terribles escenas de martirio se ofrecen a su paso. Providencia es una sierpe enredada en el cuerpo de Ramón, el celador. Por entre las piernas de ambos se escurre Texidor. Una mujer de dos rostros le cierra el camino. Texidor galopa sobre el cuerpo de fuego de la mujer, quien se muerde los ijares. Cuando Texidor la golpea inmisericorde, la mujer se vuelve fragmentada estatua de sal, sobre la cual se revuelca Frankie. La mano frágil de Tom Forticello rescata a Texidor del naufragio. Comienza su ascensión. Pisando cadáveres, aplastando cabezas, borrando remordimientos, la figura de Texidor cobra dimensiones heroicas, como si la comunidad hiciese de él su tótem emblemático. Enloquecido, el

sonido del tambor amenaza con estallar. Un huracán de culpas azota el grupo y comienza a derrumbar a Texidor. Arrastra en su caída a todos los oficiantes, convirtiéndose todos en una laguna de olvido. A medida que el tambor va amortiguando su sonar, los oficiantes van recobrando su figura, su gesto y su vestimenta cotidiana y se aprestan a cargar el ataúd, en donde yace nuevamente Michael Texidor. El sonido se viste de polifonía: los clarinetes advierten que el rito es ahora juego de bufones, mientras los redoblantes y el bombo marcan los pasos, las caídas y los traspies de los personajes que parecen salidos de una película muda. Gran escarceo por dilucidar quien va a cargar el ataúd. Empujones, alaridos, vueltas de carnero, bofetadas... Finalmente queda constituido el cortejo fúnebre: tres mujeres a la derecha y tres hombres a la izquierda; el resto en procesión. El ataúd se bambolea hacia un lado y otro gracias a los halones de cada grupo. Por momentos parece que se va a estrellar contra el suelo, pero siempre uno de los personajes logra el oportuno balance. Progresa el cortejo en su afán por llegar al camposanto mientras oscurece con delirio, como si la naturaleza quisiera cerrar sus ojos ante el entierro de Michael Texidor. Las figuras se recortan sobre el fondo metálico del infinito urbano. Sin embargo, la solemnidad está ausente. El gesto brusco, las miradas encandiladas y el caminar desencajado apartan este desfile mortuario del dolor y lo lanzan a la mueca y la carcajada gorda. De pronto un manotazo de silencio estremece el escenario. Todo se detiene. Un hueco de luz se abre en el piso. Las figuras se recomponen. Providencia toma la cabecera, suma sacerdotisa por autodecreto. Cuando se inicia el descenso del ataúd, Providencia, agorera, detiene el entierro. Sale de escena con una decidida lentitud. Todas las miradas la acompañan y

esperan. Providencia, precavida, entra hacha en mano. Se dirige al ataúd; todos se apartan. Levanta el hacha como el cuchillo del sacrificio y descarga un golpe, dos, tres...Silencio. Un signo de interrogación se instala en todas las miradas. Providencia, concedora, grita:

Providencia: ¡A ver quién va a desenterrar ahora el ataúd para robárselo! Tom, quítale las joyas, que por aquí hay mucha rata de cementerio velando que uno se vaya pa' pelar al muerto! Se va sin nada, lo oyen, tal como vino. Mírenlo bien, porque así se irán ustedes, así nos iremos todos, pa'l banquete de los gusanos. Y ya mañana nadie se acordará. Total, qué más da.
¿Listos?

A una señal de Providencia, asoman su ojo de pólvora los revólveres, las pistolas y los rifles recortados, y descargan al unísono una salva de balas que estremece el escenario. El ataúd comienza a bajar, resuenan nuevos disparos cuyo eco se mezcla con los gritos y exclamaciones de los asistentes, mientras el bramido metálico del tren subterráneo se aproxima inexorable. Una ventisca de lluvia y humo va difuminando la escena.

Epílogo

Odio constante más allá de la muerte

Amanece en el sur del Bronx. En una esquina un mendigo toca su armónica inundando el escenario de una tierna melancolía. Un vocerío tibio va surgiendo de todos los rincones: el barrio se despereza. Las figuras que conforman el fondo del escenario cobran vida y establecen la rutina cotidiana: niños rumbo a las escuelas, algunos trabajadores en ciego desplazamiento hacia las fábricas y otros lugares de empleo, los vendedores ambulantes que pregonan sus mercancías como si anunciaran la última maravilla del planeta, y los eternos deambulantes sin hogar, sin familia, sin esperanza. Por entre ellos camina desorientada Providencia Rivera, arremangada de ira envejecida, con la cabeza cubierta por una pañoleta desteñida y el rostro contraído por la desazón. Tropieza con un mendigo, quien le increpa con voz agria. Se detiene, lo mira con impotencia, suspira profundo y niega con gesto cansado.

Providencia: Perdón, perdonen todos.(Ríe con amargura.) Ahora soy yo la que pide perdón. ¿Qué, no me reconocen? Soy yo, Providencia Rivera, la madre de Michael Texidor.(Nadie la escucha.) En esta misma esquina mandaba mi hijo, y mandaba yo. Doscientos mil billetes costaba cada esquina. ¡Qué tiempos aquellos! Limosina, abrigos de piel, restaurantes cachendosos... Eso es vivir, carajo. Lo demás son imitaciones. Eramos

la changa...sí, la changa, qué me miras, nunca has visto a una mujer pobre. Soy yo Providencia, la misma de siempre, sin chavos ni pa' comprar otra lápida pa' la tumba de mi hijo, pero la misma. No se vayan, qué demonios les pasa, malagradecidos. Fueron ustedes los que se robaron la lápida, ¿ah? ¿Dónde está Tom? Abogado, mándame a liquidar a éstos...¡Abogado, qué pasó contigo, te echaron pa' dentro o te fuiste con la competencia? ¡Abogado...! Y Frankie, ¡Frankie! Aquí hay unos tusas que se están riendo de tu madre...¿Frankie? Se robaron la tumba de tu hermano. Tiraron el cadáver al río y borrarón su tumba. ¿Dónde estabas que no lo impediste? Siempre con las cueros esas. No tengo chavos, mi hijo. Se lo llevaron todo. Cogieron el negocio pa' ellos y me dejaron en la prángana. Pero ya tú vas a ver cuando venga Michael, él los va a poner en su sitio. Michael se hará cargo. Deja eso, Frankie, no te metas con mujer ajena, mira que Michael es rencoroso. Salió a mí. Tú no, tú eres tu padre cagao. Igualito de mujeriego y botarata. No, no te vayas. Frankie...Bah, los hijos sólo sirven pa' chupar. Sólo Michael fue considerado conmigo...y con tos ustedes, ingratos. ¿Y cómo le pagan? Ya ni se acuerdan ni de su nombre, hijos de mala madre.

Por un lateral entran tres hombres con paso acompasado. Son los nuevos amos de la aguja. Hay en su caminar una precisión que intimida. Arman el triángulo de ventas con desparpajo. Abren sus abrigos que contienen el muestrario de los estupefacientes que ofrecen a todos. Hay en sus gestos y en sus miradas la frialdad del profesional. Comienzan las transacciones.

Providencia: Mira, esa esquina está vendida, sálganse de ahí. Esa es la esquina de Pesante. Texidor se la alquiló por un año. ¿No me oyen? Si no se van, se le van a poner las papas a peseta. Texidor no perdona, y menos a ustedes, que no son de aquí. Cojan calle, que aquí no aceptamos extraños. Esto es de nosotros, todo, los bares, los rotos en los zapatos, las putas, los curas, las cucarachas, los bones, las jeringuillas con sangre, los junkies, todo y no queremos que nadie meta la cuchara aquí. Este es el territorio de Michael Texidor, y hay que respetarlo.

Los traficantes prosiguen su labor sin prestar la más mínima atención a la angustia desahogada de Providencia, quien llorosa cae de rodillas.

Providencia: No se ocupen, que pronto él va a volver y ustedes se van a arrepentir de lo que han hecho. Michael Texidor va a volver y este barrio será otra vez lo mismo que antes. Oiganlo bien, Michael Texidor va a regresar, va a regresar pronto, espérenlo, que

regresará pa' salvarnos de nosotros mismos,
espérenlo...

El llanto ahoga sus palabras. Un tren elevado cruza de derecha a izquierda con su estruendo de hierro. La música de la armonica se mezcla con el chirrido del tren, con las voces de los vendedores, con los gritos de los adolescentes y las bocinas estridentes de los vehículos. Providencia permanece caída mientras cae el telón.

FIN

Nueva York-San Juan
Febrero de 1995

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR